Revista de Historia Militar
Número 121 (2017), pp. 199-234
ISSN: 0482-5748
RHM.05

LA MORAL MILITAR DE LOS SOLDADOS ESPAÑOLES DURANTE LAS GUERRAS COLONIALES, 1895-1898

Manuel MONTERO GARCÍA[1]

RESUMEN

La moral de los soldados constituye un elemento básico para evaluar a un ejército en guerra, pero habitualmente resulta de difícil análisis, por no existir fuentes que lo permitan. Nos es posible abordar esta cuestión fundamental para las guerras coloniales de fines del siglo XIX. Lo permite el hallazgo de varias decenas de cartas enviadas a sus casas por soldados de Baracaldo que combatieron en Cuba y Filipinas entre 1895 y 1898.

Este artículo analiza los posicionamientos de este tipo que realizó un colectivo amplio, de 74 soldados, en cartas privadas a sus familias o amigos. En conjunto, predominó la aceptación de la guerra, así como de los valores militares que ensalzaban la disciplina o la valentía, si bien pocas veces expresan nociones patrióticas. En todo momento los soldados creyeron en la victoria española. Ahora bien, desde el verano de 1897, cuando la guerra se estancó y estallaron las epidemias, en Cuba puede advertirse una incipiente desconfianza de la tropa.

PALABRAS CLAVE: guerras coloniales, moral militar, guerra de Cuba, guerra de Filipinas, cartas de soldados, disciplina.

[1] Catedrático de Historia Contemporánea, Universidad del País Vasco e Investigador invitado en la Universidad de Granada.

ABSTRACT

The morale of the soldiers constitutes a basic element for evaluating an army in war, but it usually proves difficult to analyze, as there are not sources that allow it. We can approach this essential issue for the end of the 19th century's colonial wars. It is possible because of the find of several dozen letters sent to their houses by soldiers of Baracaldo who battled in Cuba and Philippines between 1895 and 1898.

This article analyzes the positionings of this type that were made by a wide collective, of 74 soldiers, in private letters to their families or friends. On the whole, it prevailed the acceptance of the war, as well as the military values which extolled discipline or bravery, even though they seldom expressed patriotic notions. At all times the soldiers believed in the Spanish victory. However, since the summer of 1897, when the war became stagnant and the epidemics broke out, it can be noticed in Cuba an incipient mistrust of the troop.

KEY WORDS: colonial wars, military morale, Cuban war, Philippiness war, soldiers letters, discipline.

* * * * *

Los aspectos subjetivos son parte esencial de la conformación de un ejército. La situación psicológica de los soldados, lo que llamaríamos la moral de la tropa, es un componente clave de la situación militar, especialmente en las guerras. Sin precisar aquí el peso que tiene en contraposición con otros factores como los equipamientos, la preparación del mando o la estructura organizativa, resulta obvia su influencia en los acontecimientos. Condiciona la toma de decisiones y la marcha de la contienda. En todo caso sirve para caracterizar al ejército de un determinado periodo histórico, e informa sobre su grado de adaptación al entorno social, que puede ser medido por la integración de los soldados en las estructuras militares, qué valores sostuvieron y si encajaban con los de los mandos o eran antagónicos, y en qué grado.

Lo anterior no es un descubrimiento reciente. Los clásicos de la teoría militar eran conscientes de la importancia de la moral. No repetiremos la multitud de citas que desarrollaron la idea. Baste la afirmación de Clausewitz según la cual "todo el mundo dirige una mirada crítica a la moral y al espíritu de sus propias tropas y a las del enemigo"[2]. Supo apreciar la dificultad de analizar este componente decisivo. "Desgraciadamente, estos agentes [de índole moral] escapan a todo saber extraído de los libros, porque no se dejan traducir en cifras, ni agrupar en clases"[3]. Efectivamente, constituye una materia no cuantificable y de ardua evaluación.

De la moral hablan los textos militares españoles del siglo XIX, pero sin precisar su significado. El *Reglamento para el Detall y Régimen Interior de los Cuerpos* de 1896 asegura que el cuartel tenía que cumplir una función de este tipo. *"Debe ser complemento de educación social, aula de civismo, que difunda y arraigue el amor patrio, el hábito de la obediencia, la conformidad al sacrificio, la compenetración y solidaridad de clases, la aptitud para toda organización*"[4]. Moral quedaba equiparada a civismo, amor patrio, disciplina, sacrificio, camaradería… Serían las virtudes asociadas a la moral militar, pero en el uso cotidiano del término tenía un sentido más concreto, bien que relacionado con tales valores. Venía a significar el "estado de ánimo, individual o colectivo", conforme lo define el DRAE. También la siguiente acepción: "en relación a las tropas… espíritu, o confianza en la victoria". Estado de ánimo, confianza en la victoria. Era el concepto que utilizaba el *Reglamento para el servicio de campaña* que se aprobó en 1882 y que una y otra vez menciona la moral. El Estado Mayor debía dar órdenes

[2] Clausewit, Karl von, *De la guerra*, libro 2.15.
[3] *Ibidem*, libro 3.3.
[4] Tit. I, art. 343. Vid. Fermín Canella Secades: *Historia de la Universidad de Oviedo y noticias de los establecimientos de enseñanza de su distrito*, Oviedo, 1995, pp. 517-518.

claras, "evitando ante los subalternos comentarios y noticias que puedan quebrantar la moral"; un retroceso en el combate tiene "un influjo moral negativo", la retirada "quebranta la moral"; para dar batalla ha de tenerse en cuenta el "estado moral y físico de las tropas". "Conviene conocer y apreciar con exactitud la disposición del espíritu y el estado moral no sólo de la guarnición, sino del vecindario de la plaza"[5], esto si la plaza estaba sitiada, pero venía a ser el criterio general: evaluar el estado de ánimo y la confianza en la victoria.

Lógicamente el ejército español era consciente de la transcendencia de la moral, cuya importancia equiparaba a las condiciones físicas de la tropa. Pero, al margen de los medios que empleaba para mantenerla, no solemos disponer, para periodos históricos, de evaluaciones de esta dimensión subjetiva que podía llegar a decisiva. La prensa y las referencias oficiales se limitaban a constatar el patriotismo, disciplina y espíritu victorioso de las tropas. Se repiten como notas inherentes al soldado español, sin que la reiteración de los estereotipos –eventuales fallos individuales o de alguna unidad no los desmentían sino confirmaban, al presentarse como la excepción que confirmaba la regla- sugiera una evaluación precisa. Las fuentes oficiales no transmiten indagaciones. Dan por supuestas estas dotes, que aparecen así como permanentes e inmunes a la coyuntura. La moral era fundamental para determinar la capacidad militar del ejército, pero se daba por supuesta para todas las circunstancias.

Cartas de soldados

El hallazgo de documentación escrita por soldados que estuvieron en las guerras de Cuba y de Filipinas durante la crisis colonial, entre 1895 y 1898, nos permite una aproximación fundada a esta dimensión psicológica, la moral de las tropas que combatieron en Ultramar. Esta fuente la componen varias decenas de cartas privadas. No recogen la versión oficial, sino las impresiones de quienes vivieron la guerra.

El origen de este fondo documental es peculiar[6]. Durante las guerras coloniales el Ayuntamiento de Baracaldo (Vizcaya) pagaba a las familias

[5] Reglamento para el servicio de campaña aprobado por ley de 5 de febrero de 1882, publicado por el Depósito de la Guerra en virtud de R.O. de 13 de enero del mismo año, Madrid 1882, artº. 572, para la última cita. Las demás, artículos anteriores que se refieren a la moral en los mismos términos.

[6] Lo hemos analizado genéricamente en el libro MONTERO, Manuel: *Las guerras de Cuba y Filipinas contadas por soldados del pueblo. Cartas de Baracaldo*, Editorial Beta III Milenio,

de soldados que estaban en Cuba, Puerto Rico o Filipinas una cantidad, dos reales por día, para aliviar las penalidades derivadas de tener lejos a un hijo en edad laboral. Una forma de demostrar que estaba en Ultramar era entregar una carta. Varias decenas de familias llevaron sus cartas al Ayuntamiento. No fueron luego destruidas, sino que quedaron en el archivo. Su hallazgo casual, más de un siglo después, ha permitido transcribir estas cartas y conocer las impresiones de los soldados. En total, hemos podido reconstruir 130 documentos. Están escritos por 74 soldados diferentes, pues muchas familias entregaron más de una carta. La primera es de abril de 1895, poco después del grito del Baire con el que en febrero empezó la insurrección cubana. La última, de mayo de 1898, tras la explosión del Maine, en vísperas del enfrentamiento armado entre España y Estados Unidos.

Las cartas no proporcionan visiones globales de la guerra de la que quizá carecían los autores. Narran vivencias concretas, vicisitudes bélicas y opiniones ante distintas circunstancias. Cubren todo el periodo bélico y están escritas desde escenarios muy distintos -La Habana, Guantánamo, Cruces, Manila, Cavite, Calambá y un largo etcétera-, de forma que reconstruyen la guerra tal y como la vieron los soldados. Permiten también una aproximación a su moral militar. Un colectivo de 74 soldados constituye una pequeña muestra, pero creemos que es significativa: los soldados tuvieron experiencias muy diferentes, pero desde el punto de vista de su estado anímico –los valores que sostuvieron, su creencia en la victoria o su pesimismo- presentan una sorprendente coherencia. Trazan un esquema consistente de su visión de la guerra. En todo caso, puesto que escasean fuentes de esta naturaleza –y al margen de su representatividad, que creemos alta-, resulta conveniente analizarla con algún detalle, pues permite abandonar los estereotipos, tanto los que hablan del heroísmo y patriotismo innato del soldado español como el que imagina un rechazo global a la guerra que convertiría al soldado en una especie de resistente soterrado al ejército. Estas cartas describen la moral de la tropa durante las guerras coloniales. Algunas actitudes persistieron a lo largo de los tres años y otras cambiaron según la guerra se prolongaba.

Para una cabal interpretación de las cartas resulta necesario referirse al grupo que las escribió, que tenía las afinidades derivadas de su procedencia común.

Los 74 soldados que escribieron estas cartas eran vecinos de Baracaldo cuando marcharon a la guerra. La localidad vivía por aquellos años

Bilbao, 2015, que recoge la transcripción literal de las cartas. En este artículo nos ceñiremos de forma monográfica a las cuestiones que tienen que ver con la moral militar.

el *boom* derivado de la industrialización. En el censo de 1897 tenía 13.300 habitantes, tras unos años de crecimiento rápido: 20 años antes, en 1877, estaba en 4.000. Por eso la mayor parte de estos baracaldeses habían nacido fuera de este municipio, al que habían llegado con sus padres, en su mayoría durante los años ochenta[7]. Hubo 24 que nacieron en la localidad fabril, muchos de ellos hijos a su vez de inmigrantes. De los dos tercios restantes la mayoría (cuarenta) procedían de otras localidades de Vizcaya y de las provincias de Guipúzcoa, Álava, Logroño, Santander y Burgos. En realidad eran movimientos migratorios de corta distancia, pues habían nacido a menos de 120 kilómetros de Baracaldo. Un pequeño grupo (cinco soldados) llegó de Asturias –las afinidades económicas facilitaban los movimientos de una mano de obra vinculada a la minería e industria-. Otros cinco procedían de provincias dispersas, alejadas de Vizcaya –Valladolid, Soria, Madrid, Almería, León-: anticipaban futuros flujos migratorios, pero de momento representaban desplazamientos familiares que no describían una tendencia definida.

Pese a la diversidad de procedencias, este grupo de soldados presenta una gran homogeneidad social. Se la da una localidad que se estaba forjando al calor de la expansión industrial. Globalmente procedían de un ámbito social y cultural nuevo, no vinculado a las tareas agrarias ni evolución pausada de una localidad tradicional, sino forjado a partir de gentes de distinto origen y marcado por las circunstancias económicas, muy ajustadas, de quienes se empleaban en fábricas, minas y talleres.

Estos soldados pertenecían a un ámbito de bajo nivel económico, circunstancia que compartían con casi todos los que fueron a Cuba y Filipinas. En general los de Baracaldo pertenecían a familias de migrantes, y la mayoría lo habían sido en su niñez o adolescencia. Según el padrón, casi todos eran jornaleros y se empleaban en la industria y las minas, si bien había algunos campesinos, pues en la localidad todavía se daba esta actividad, que desaparecería en la siguiente generación (al menos, dejó de tener relevancia estadística). Como cabía esperar, presentaban una nítida homogeneidad generacional. La mayoría, el 54 % de los 56 cuya edad conocemos, habían nacido en 1876 y 1877, cuyas quintas aportaron el grueso de los combatientes. Pudieron ir a la guerra también los de 1878, que en 1897 entraron en la edad

[7] Para la inmigración en la margen izquierda del Nervión, vid. GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Las migraciones hacia una zona de intensa industrialización: la inmigración en familia a la ría de Bilbao en los inicios de la primera industrialización vasca*, en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel; ZARRAGA SANGRONIZ, Karmele: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas,* Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996, págs. 189-240.

militar, pero en nuestra muestra solo hemos encontrado a un soldado de ese año. Cuando fue movilizada esta quinta estaba ya formado el grueso del ejército colonial y casi no se llevaron soldados bisoños. Los de mayor edad que hemos encontrado habían nacido en 1872 y en 1895 cumplían 23 años.

Este grupo tenía rasgos similares a los que en general presentaban los soldados que hicieron las guerras coloniales, pero presentaba algunas singularidades. La primera se deriva de sus profesiones, relacionadas con el despegue industrial. Incluso quienes trabajaban el campo quedaron afectados por la nueva economía, que impregnó a toda esta población que conocía un crecimiento espectacular. Desde este punto de vista los soldados formaban parte de un grupo diferenciado dentro del ejército colonial. Este lo integraban básicamente campesinos. En cierto sentido el ejército colonial era un ejército de campesinos. Los obreros mineros y fabriles venían de un ámbito distinto que, por otra parte, podía ocupar determinados oficios dentro del ejército. Alguno habla de cómo fue destinado a la maestranza de Manila, a trabajar el torno; varios mencionan su empleo como asistentes –más de la décima parte, un porcentaje alto- o en servicios especializados. Es posible que no fueran casualidades, sino que se debiera a sus especificidades profesionales y por ende culturales.

No cabe asegurar que esté relacionado con lo anterior –para ello, habría que contrastar esta documentación con la de otras localidades, fuente que no existe-, pero conviene anotar que en las misivas de los soldados de Baracaldo apenas aparecen los de otras procedencias. Quedan esbozados de forma muy difusa, pese a que eran la mayoría de sus compañeros de armas. Por contra, citan con profusión a sus vecinos y los de los pueblos aledaños –de similares circunstancias vitales-, los únicos en las cartas con los que entablan, o mantienen, relaciones de amistad.

Otra particularidad del grupo tiene que ver con la ideología que predominó en la margen izquierda del Nervión. En Baracaldo arraigó pronto el socialismo, que ya a comienzos de los años noventa tenía fuerza en los sectores obreros, con la propagación de los conceptos de solidaridad de clase y desde 1890 con grandes movilizaciones. Hubo una campaña reticente respecto a las guerras coloniales, que fue de oposición franca a la redención a metálico. No fue exclusiva de los grupos obreros, pero tuvo gran desarrollo en los enclaves formado por trabajadores, como el caso que nos ocupa. Veremos después en qué medida se percibe esto en la moral militar de los soldados de Baracaldo, que hoy llamaríamos una localidad de izquierdas.

La mayoría fueron quintos, es decir, llegaron a Cuba a cumplir el servicio militar tras ser sorteados el año que cumplían los 19 años[8]. Ahora bien: hubo muchos voluntarios, contra lo que sugieren los estereotipos que imaginan un rechazo rotundo a la guerra. No podemos precisar cuántos de los 74 lo eran, pues debe deducirse a partir de expresiones de los textos –sobre la soldada que ganaban, su antigüedad, el contraste con los quintos- no siempre precisas, así como de distintas circunstancias personales. Según los indicios, resulta probable que cerca del 20 % fue voluntario. En un momento de crisis de empleo -en 1895 y 1896 la hubo- constituía una opción real para los jornaleros. La garantía de un sueldo por cuatro años constituía un aliciente para sectores ya acostumbrados a la disciplina laboral. Muchos voluntarios eran primogénitos de familias de cinco o seis hermanos, a veces el único varón en edad laboral. Verosímilmente –lo confirman comentarios de las cartas-, la decisión de ir como voluntario formaba parte de la estrategia familiar, en la que su sueldo contribuiría al mantenimiento común. En algunos casos, de economía muy precaria, quizás fueron a la guerra como sustitutos, a cambio de una cantidad de dinero.

Las misivas de los soldados, que a veces distinguen entre quintos y voluntarios, no señalan a estos como un grupo diferenciado. El voluntariado militar constituía una opción más de las que tenían ante sí los obreros cuando cumplían los dieciocho años y muchos la siguieron en momentos de apuros económicos. En esto no hemos localizado distingos en función de la procedencia de los soldados: hubo voluntarios entre los que habían inmigrado a Baracaldo y los que habían nacido allí, incluyendo a los de familias arraigadas en la localidad ya en el XVIII. En realidad, todos compartían niveles económicos muy modestos.

Unos participaron en grandes operaciones, con largas marchas y combates en la manigua cubana o en la Pampanga filipina; otros estuvieron básicamente en los fuertes de las trochas cubanas o en las guarniciones de Cavite o Manila, sin que cuenten hechos de armas. Algunos estaban en Cuba ya en 1895 y combatieron durante tres años; otros llegaron según se movilizaban las distintas quintas o las reservas de las anteriores. No fue lo mismo combatir en las Antillas que en Oriente. Las circunstancias fueron muy diferentes, pero las apreciaciones de las cartas que podemos identificar como moral militar son coherentes entre sí. Proporcionan un cuadro homogéneo, pese a la diversidad de destinos y avatares militares, tanto en los rasgos fundamentales, los que permanecen, como en los cambios de los estados de ánimos

[8] Para las distintas circunstancias de la movilización, FRIEYRO DE LARA, Beatriz: *El soldado riojano en la guerra de Cuba*, Rev. Berceo, 1998, pp. 39-56.

según avanzan las coyunturas bélicas. Resulta verosímil, por ello, que la moral militar de los soldados de Baracaldo represente bien la de las tropas que componían el Ejército colonial español entre 1895 y 1898.

Los soldados ante la guerra

La actitud militar de estos soldados viene caracterizada por una nota predominante: la aceptación de su presencia en la guerra como un deber. En general no era una aceptación entusiasta ni abundan las expresiones patrióticas, aunque alguna se encuentra[9]. A veces se consideraba una consecuencia de la mala suerte, no siempre expresada rotundamente –"me tocó la suerte mala de venir aquí ", pero también "me hallo sirviendo en las Islas Filipinas por mi mala suerte o buena porque no sabemos lo del porvenir"- y solían desear a los amigos que no les tocase ir.

Sin embargo, las cartas propiamente no contienen quejas por estar en la guerra. Sí por algunas condiciones en que vivían o por la dureza de las operaciones, pero no por los motivos que les habían llevado allí –caso de no ser voluntarios-, la obligación del servicio militar y el sorteo que les había llevado a Ultramar. No es lo mismo lamentarse porque las marchas eran agotadoras o las raciones escasas que protestar por haber tenido que ir a la guerra, la raíz de tales problemas y la razón por la que habían abandonado su cotidianidad para correr riesgos y pasar trabajos y estrecheces. Pues bien: las quejas de los soldados, abundantes, están en lo primero y nunca se refieren en sí mismo al deber militar. Tampoco esbozan una crítica global al Ejército: se quejan a veces de la mala organización, de los deficientes aprovisionamientos o, muy excepcionalmente, por actuaciones de los mandos (reales o supuestas), pero no propiamente de la institución militar. Las expresiones de las cartas solían referirse a cuestiones muy concretas, pero de ninguna de ellas podría inferirse un cuestionamiento global del Ejército y de la forma en que combatían. Podría asegurarse que compartían un imaginario del que las deficiencias eran meros fallos no estructurales.

Aceptaban su destino militar, no lo cuestionaban: esta es la impresión general. Hay una excepción parcial. Uno de los soldados participó en un conato de motín, en el que unos 250 quintos se negaron a ir a la guerra cuando estaban en el cuartel de Santander[10]. Pues bien: dos meses después,

[9] Para una interpretación que insiste en los entusiasmos patrióticos de la tropa, GALINDO HERRERO, Santiago: *El 98 de los que fueron a la guerra*. Editora Nacional, Madrid, 1950.

[10] Una visión de la oposición a la guerra colonial, en MORALES MUÑOZ, Manuel: *España, 1898: ensayo de historia social*. Baetica, Estudios de Arte, Geografía e Hisotira, 18, 1996,

al de unas semanas de estar en Cuba, sus reticencias habían desaparecido. Por contra, sus cartas expresan satisfacción, no sólo porque se sentía bien tratado y alimentado, sino por los elogios que su unidad había recibido del general Blanco, que les pasó revista. En poco tiempo el quinto había pasado del rechazo a la guerra a cierto entusiasmo, en este caso inequívocamente moral militar. No hay ninguna razón para pensar que había cambiado episódicamente su discurso, para fingir una aceptación que no sentía, por alguna especie de temor o para salvar la censura. Su inicial rechazo a la guerra está descrito vívidamente, pero también el orgullo por la marcialidad y por su batallón.

Sin embargo, los entusiasmos no fueron habituales. En las cartas predomina la impresión de la aceptación resignada de su deber militar, incluyendo el combate en la guerra y la disciplina, fatigas y privaciones. Hay excepciones a esta norma: algunos soldados, no muchos, muestran un alto grado de apasionamiento.

¿Por qué combatían? ¿Por patriotismo? ¿Por España? Las cartas de los soldados no permiten sentar conclusiones seguras sobre sus sentimientos al respecto. En todo caso, aceptaban su deber y procuraban cumplirlo. En sus textos pocas veces sientan posiciones ideológicas.

Escasean las afirmaciones patrióticas, pero algunas hay. Sin embargo, la naturalidad con la que se expresan sugiere que eran nociones compartidas por los soldados y que tendrían sentido en las familias que recibían las cartas -obviamente, autor y receptor compartían los valores que transmitían las misivas-. "Tanto yo como mi hermano estamos dispuestos a defender a España hasta la muerte, porque somos hijos de ella y hay que defenderla" escribía Patricio Mantrana al poco de estallar la guerra. Patricio era voluntario, estaba en Cuba antes de la insurrección: la expresión se correspondía con la de un soldado profesionalizado. No hay ninguna otra tan contundente. Con todo, debe notarse que una declaración de tal envergadura se incluía dentro de una misiva cuyos términos, por lo demás, son similares a los de los demás soldados baracaldeses.

Otros relatos sugieren que el espíritu patriótico estaba asumido por lo soldados, en mayor o menor grado. Era alto en el caso de Clemente Campo: "¡Ánimo y viva España!", le escribía a su hermano Antolín, que por lo demás buscaba el medio de no ir a la guerra, en lo que colaboraba Clemente. "Nos dieron un banquete que se echaron muchos vivas a España y al Ejército" contaba Benjamín Gandarias desde San Luis, para explicar la recepción que les habían hecho, que narraba con detalle y satisfacción. Domingo Urre-

ppágs., 457-469.

cha y sus compañeros paseaban por La Habana y "hasta los chiquillos gritan viva España". El grito patriótico les resultaba estimulante. Y, en general, el "Viva España" formaba parte de los relatos satisfechos de las recepciones en Cuba y en Manila.

"¡Viva España! ¡Fuego y fuego, hijos míos y siempre diremos Viva España!". Así les gritó el teniente coronel cuando fue copada la columna Tarragona, según escribía a sus padres José García Menéndez: en los relatos de combates suelen figurar estas anotaciones patrióticas. Lo importante no es ya que el mando les arengase en tales términos, sino que el soldado le daba importancia e incluía en su relato como explicación del triunfo. "Patria", "soldado español siempre valiente", además de los ánimos del mando: estos elementos forman el núcleo argumental de la narración de una acción que tuvo lugar cerca de Holguín en 1895, tal y como lo cuenta el soldado Cirilo Aldasoro. El espíritu de sacrificio de los soldados y su entrega patriótica constituyó un lugar común en la prensa y literatura de la época. Abundaron las expresiones de este tenor: "esos pobres soldados, hijos tuyos [de España], que entre la miseria y el hambre, sin que sus labios murmuren una queja ni un reproche, saben morir en defensa de tu honra y de tu bandera"[11]

Si la opinión de algunas cartas resulta representativa, predominaba una idea de resonancias patrióticas: el convencimiento de la superioridad militar del soldado español. Alguno lo expresaba de forma drástica: "aquí para morir un español, mueren cien de los otros" escribía Campo. "No hagan caso a todo lo que cuentan por ahí porque aquí todos los que mueren son todos insurrectos, que no digan que son españoles, porque es mentira". "Uno de nosotros vale por mil de estos traidores y canallas mambises" sentenciaba en diciembre de 1897 Careaga, que estaba en Filipinas. "Donde está el soldado español con su fusil Máuser" no vale nada el enemigo, con todo su armamento. "El soldado español siempre [es] valiente": en el relato era la razón última de que vencieran en una acción militar.

Entre las actitudes más características de los soldados estaba la identificación con sus mandos. Cuando los mencionan siempre reflejan respeto y admiración, sin ninguna nota discordante, a no ser las críticas a Martínez Campos cuando fue cesado, a las que luego nos referiremos y que seguramente tienen otra lectura. Por lo demás, y con referencia a cualquier graduación, transmiten la confianza en sus superiores.

La vertiente más llamativa se produce cuando narran alguna acción militar. Atribuyen la responsabilidad de los triunfos al mando, por el valor que

[11] GUERRERO, Rafael de: *Crónica de la guerra de Cuba (1895-1896)*, Tomo segundo, II Parte, pág. 620. El periodista establece la identificación de la "noble España", de grandes "merecimientos" y "glorias", respecto al valor de los soldados, "sus hijos".

demostró, por su patriotismo y por la relación paterno-filial establecida con los soldados: estas tres son las notas más admiradas. Así explica un soldado el combate en que obtuvo una medalla: "Llevábamos un capitán muy celoso por la patria", los soldados les seguían como "sus hijos", iban tras "las huellas de su valiente padre". El mérito de la victoria lo atribuía al valor del mando. El suyo, si se concedían alguno -no lo mencionan en sus cartas-, los transfieren siempre al superior. Es el mismo argumentario que desarrollaba Martín Careaga al narrar el combate que entabló en Filipinas. "Nuestro capitán al ver que nos hicieron fuego mandó de frente y paso ataque […] y allí gané una cruz que ahora me mandarán". El soldado llegó a ganar tres cruces pero en sus cartas no las menciona como mérito personal, sino del capitán. El esquema interpretativo se repite varias veces. Cuando cuentan una acción victoriosa en la que no han participado y transmiten el relato de otros soldados, ensalzaban ante todo el comportamiento del mando, del que parece depender todo. Sería un estereotipo, pero habían arraigado bien en la mentalidad de los soldados.

En las cartas subyace la idea de que el resultado de la guerra quedaba asociado al valor del mando. No al propio –aunque alguno demostraron- ni a la capacidad o preparación de jefes y oficiales, aspectos que no figuran en sus consideraciones. Desde su perspectiva lo fundamental era la valentía y el arrojo, los atributos de los mandos por los que muestran admiración. Lo cuenta José García, un soldado experimentado que era voluntario. Habían llegado a un pueblo del norte de Cuba, tras complicadas operaciones, y los insurrectos les amenazaron con machetearlos –el miedo al *amachetamiento* estaba bien arraigado en el imaginario de los soldados-. Pues bien, "le dijo nuestro capitán que mientras que no le mataran a él, que no se entregaba". En su relato esta respuesta, de evocación heroica, juega un papel central y explicativo. A todas luces, les resultaba tranquilizadora. No es el único ejemplo de este tipo.

A veces los soldados identificaban el arrojo del mando con severidad. Sucedía así cuando el oficial se mostraba riguroso o cruel con el enemigo, actitudes que no solían criticar y algunos ensalzaban. Un ejemplo lo encontramos en el relato de una larga operación por la manigua que tuvo lugar en noviembre del 97. Un día apresaron a un insurrecto –un cubano que llevaba dos caballos e iba armado, sin noticias de que tuviese algún papel militar-. "Al poco rato mandó el Teniente Coronel que se le daría machete, que así se concluye la guerra, que con política no se arregla nada". Dos soldados le dieron cinco machetazos, "allí quedó tendido en el campo". Tal ejecución sumaria se produjo cuando el general Blanco quería humanizar la guerra, acabando con la agresividad represora que se atribuyó a Weyler. El incidente revela que el cambio estratégico no era compartido por todo el ejército, pero desde el punto de vista que lo analizamos aquí lo importante es que tal

actitud punitiva suscitaba la admiración de la tropa. "Ese Teniente Coronel no anda en bromas" y el tono ensalza a mando tan resolutivo. Actitudes parecidas hemos encontrado en el relato de fusilamientos en Cavite o de saqueos en Cuba.

Del tenor de las cartas se deduce que los soldados entablaron una relación filial con sus oficiales y mandos. Estaba, lo hemos visto, la confianza si había combate. Pero, aunque no muy extensas, las noticias de las cartas sobre los superiores abarcan una variada gama de situaciones. Está la satisfacción porque el capitán les promete rancho extraordinario; las consultas al oficial para averiguar dónde está un amigo o un pariente; las peticiones de certificados para que el hermano se libre de la guerra, realizadas con cierta informalidad; las noticias por el desarrollo de la guerra, pues de las cartas se infiere que eran su principal fuente de información. Otras circunstancias quedan esbozadas varias veces, entre ellas los contactos que adoptan la forma de recomendación, para tener un buen puesto.

En conjunto, las cartas transmiten confianza en los mandos. Las pocas veces en que narran algún contacto con algún general, muy indirecto, lo narran con reverencia. En el relato de Ormaechea sobre su llegada a Filipinas el momento más satisfactorio, debidamente anotado para la familia, fue cuando "desfilamos por delante del General Polavieja". "Viene a esta provincia el generalísimo Weyler con intenciones de apaciguar esta provincia", informa Zuloaga desde Cuba e imaginaba ya el final de la guerra. El general Blanco pasó revista en Puerto Príncipe y felicitó a las tropas por su aspecto marcial "reconcho, qué buena pinta hay aquí". El soldado, que unos meses antes había participado en un plante, lo contaba pletórico a la familia. Concluía que "no [hay] batallón como este, gente más sana y que vista mejor y que den mejor de comer". De pronto todo era satisfactorio en el ejército, y a ello contribuyó decisivamente la presencia del general, según se deduce de la carta.

El cabo Torróntegui, que narró con orgullo la visita de un general a su destacamento -"aquello me vino al pelo"-, cuenta otra relación con la oficialidad que resulta de interés. Fue cuando escribió al teniente solicitándole un certificado de "cómo estoy en el servicio y estamos vivos, y además en la isla de Cuba". El objetivo: que su hermano no fuese sorteado en la quinta. La carta, que fue cotejada con más soldados, denota familiaridad. Empieza con un chocante "Estimado Teniente… el que suscribe […] a V. cariñosamente expone". Después mezcla el respeto administrativo y lenguaje afectuoso, con expresiones del tipo "le deseamos mucha felicidad". La relación adquiría tintes familiares, de cariz filial: pedía un favor al teniente y se confiaba en que haría "todo lo que pueda por nosotros".

Muchos de estos soldados eran asistentes –no menos de la décima parte-. En tales casos la identificación con el jefe, al que llamaban "amo", alcanza su mayor grado. Esta relación estaba teñida de paternalismo, con referencias al trato displicente del oficial respecto al soldado, y de entusiasta disposición del soldado a cumplir con su cometido de asistencia. A esta actitud ayudaría la mejora de estatus que suponía para el soldado, pues les rebajaba del servicio, a veces les alejaba de la primera línea de combate y les daba algunos privilegios que estimaban en particular, como escapar del rancho común. Lo resumía bien Gregorio González: "yo estoy como quiero aquí, pues estoy de asistente de un teniente, que yo no hago guardias ni hago nada. Yo voy a comer a la fonda todos los días, además que escogiendo". No era sólo cuestión de prebendas. Para Generoso Trueba su relación con el amo le resultó providencial. Había estado casi un mes enfermo y el oficial con el que estaba de asistente se encargó de sacarlo del hospital, tenerlo en casa y darle dinero para sus gastos diarios. A eso atribuía su curación. Si no fue excepción sino norma, hay que concluir que entre "amo" y asistente se establecía una relación paterno-filial, en la que el soldado se volcaba en el servicio al jefe y este le atendía en sus necesidades.

Las cartas de los soldados no hablan de su preparación, de la calidad del armamento o de las tácticas de combate. Los que se refieren a estas cuestiones las mencionan de refilón: dejan claro que la instrucción antes de llegar a las colonias era escasa, y se colige que de orden cerrado, sin una preparación específica para el combate en las colonias; también especifican la distinta capacidad militar de los veteranos y quintos, a los que consideran poco preparados y sin aclimatar; identifican al máuser como el arma que les da seguridad; cuentan las marchas en columnas, a veces de flanqueo, otras refiriéndose al traslado de las armas de artillería. Si se exceptúan las menciones al arma como un elemento del que no podían prescindir y al que muestran cierto apego, no se deducen de estas expresiones la asunción de criterios militares.

Los valores militares

Algunas apreciaciones de varias cartas reflejan lo que podían considerarse valores militares. La frecuencia con que aparecen, la normalidad con que se refieren a ellos como principios incuestionables y la evidencia de que son compartidos por sus familias sugieren que eran valores extendidos entre los soldados, con mayor o menor entusiasmo.

La valentía es la virtud militar más ensalzada. Para los soldados, el desarrollo de la guerra dependía de que tuviesen valor, tanto los mandos como los soldados. Algunas expresiones características: "aquí no hay más que tener valor y sangre fría para pegarles cinco tiros al primer mambís que se vea", "ánimo y mucho valor". De otro lado, lo consideraban consustancial al ejército español.

La imagen de valentía se repite una y otra vez, pero con más frecuencia aparecía su antónimo, cobardía, que indefectiblemente atribuían a los insurrectos. La expresión venía a descalificar a la rebelión. Es lo mismo que leamos cartas procedentes de Cuba que de Filipinas, la evaluación se repite. "Los mambises no pueden hacer nada porque son muy cobardes" escribían desde Cuba. "Estos insurrectos son muy cobardes, en cuanto ven a un español echan a correr", opinaban en Filipinas. En las contadas ocasiones en las que cuentan enfrentamientos verbales, la cobardía era la principal acusación. "Los otros echaron a correr y nosotros les decíamos cobardes y traidores, que no valéis para nada" cuenta un soldado. Otro oyó el insulto de boca de los mambises, cuando les tocó tomar una colina. "Nos llamaban cabrones y patones y cobardes hijos de una puta blanca, venir aquí cochinos", y por cómo lo cuenta el agravio les indignó sobremanera.

Con la última excepción, el término cobardía siempre aparece en las cartas asociado a los insurrectos. "Aquí no hay que tener miedo porque son muy cobardes". "Son unos cobardes, […] empezaron a meterse en el monte enseguida que nos divisaron". Al margen de que formara parte de la estigmatización del enemigo, los soldados llegaron a esta opinión, o la corroboraron, a partir de los encuentros que tenían con los mambises. Por lo común, los insurrectos rehuían el combate y escapaban. Era la táctica guerrillera, pero los soldados lo atribuyeron a cobardía, que consideraban síntoma inequívoco de inferioridad del enemigo. Establecieron así la dicotomía valentía-cobardía como el argumento central de la guerra desde el punto de vista militar, el que consagraba la superioridad española.

No cabría definirla como virtud, pero hubo una actitud militar que caló entre los soldados. La encontramos cuando en enero de 1896 se produjo el relevo de Martínez Campos, tachado de excesivamente humanitario[12].

[12] La evaluación final sobre la guerra hablaba del fracaso de las dos políticas, la humanitaria y la represora. "Jamás se hubiera creído que una insurrección colonial […] quebrantara tan persistentemente las energías militares y anulara los mayores esfuerzos de Generales como Martínez Campos, que empleó en su campaña el humanitario sistema de atracción, y Weyler, que recurrió al terror y al exterminio de todo cuanto sirviera de apoyo a los insurrectos". FITÉ, Vital: *Las desdichas de la patria*, Madrid, 1900, págs. 69-70. En este discurso, representativo del que dominaba en la opinión pública, los problemas radicaban en la desidia de los sucesivos Gobiernos españoles y en las ambiciones de Estados Unidos.

Los soldados baracaldeses no solían manifestar opiniones sobre la política militar, pero en esta ocasión varios tomaron partido. Y fueron unánimes y contundentes: se felicitaron por el endurecimiento de la guerra. Alguno lo expresó de forma drástica. "Se marchó Martínez Campos, se acabaron los pacíficos, se jodieron los mambises que quedaron en el campo". Antes no se progresaba porque a los mambises se les dejaba hacer lo que querían. "Ahora se joden por que los pegamos, el que entra en el pueblo ya no sale y al que pillamos fuera le matamos". No fue una opinión aislada, tenemos varios ejemplos: "le tienen mucho miedo a este General los cubanos, porque dicen que éste entrará más fuerte", "ahora parece que esta va muy bien desde que marchó el General Martínez Campos[…] no los dejamos pasar por ninguna parte, así que ellos tienen que joderse sin remedio". Los que escribieron las semanas del relevo de Martínez Campos por Weyler estaban de acuerdo con el cambio y mostraron una sorprendente agresividad. Algo parecido sucedió al año siguiente en Filipinas, cuando Polavieja dio un plazo para que los insurrectos se entregasen. "Ha puesto ese bando, y todos los rebeldes se van presentado por no caer prisioneros, porque entonces tienen seguro *patay* como ellos dicen" (patay en tagalo significa muerte). Los soldados mostraron una inequívoca sintonía con la mano dura, si bien cuando volvió la política humanitaria no hubo expresiones en contra.

Quizás los soldados no compartían de forma espontánea un militarismo radical, pero resulta obvio que asumieron este discurso, no muy distinto del que transmitía la prensa. O bien eran proclives a las soluciones drásticas o bien fueron permeables a las opiniones de los mandos. Buena parte de estos habían discrepado del "humanitarismo" de Martínez Campos y recibieron con satisfacción su relevo por Weyler: la nueva política se aplicó antes de que el general llegara a la colonia. Sin duda los oficiales transmitieron a los soldados la nueva situación en términos encomiásticos. Los que escribieron sobre la cuestión lo hacían desde lugares alejados entre sí, Gibara, Cruces y San Luis. La coincidencia de sus opiniones indica que fue general y no dependiente de una sola fuente. Sugiere que la oficialidad transmitió a los soldados opiniones coincidentes, al margen de que estos estuviesen dispuestos a asumirlas, por compartir las posturas categóricas o porque vieron en el cambio la posibilidad de un temprano término de la guerra.

Si la moral militar se mide por la confianza en la victoria, hay que concluir que la de los soldados estuvo bien alta. Sin excepciones notables, todos los que se expresaron sobre la cuestión coincidieron: España ganaría la guerra. Algunos concluían que la victoria no sería inmediata, que sería costosa, pero fueron los menos y tampoco llegaron a cuestionarse la idea del triunfo final de España. Esta opinión –que fue también la de la prensa- se

repite. Ni siquiera la propagación final del pesimismo sobre la marcha de la guerra cuestionó el resultado de la contienda.

"Pronto se acabará": desde el verano del 95 hasta la primavera de 1898 la idea se escribe una y otra vez. "Esto se acabará enseguida". "Y creo que se acabará pronto". "Acerca de la guerra te digo que esto se acaba muy pronto". "De la guerra puedo decirle que está cada vez menor y creo que pronto se acabará". "Para las Navidades pienso estar en esa sino es antes, porque la guerra ya está acabada". Eso en Cuba, en distintas fechas. Lo mismo en Filipinas, pues así opinaban los soldados a las pocas semanas de llegar: "la mayoría de los cabecillas ya están presos y por eso se acabará esto pronto". "Si salimos bien de aquí [la toma de Cavite] ya podemos decir que se acabó la guerra".

Además de compartir la convicción general de la superioridad española sobre la insurrección, los soldados tenían sus propias razones para transmitir esta seguridad a sus familias. En primer lugar, una que llamaríamos de índole moral, derivada de la consideración peyorativa respecto a los mambises, tachados de traidores. Segundo: se derivaba de la idea, ya mencionada, de que lo fundamental para la victoria militar era la valentía, y como el valor era monopolio de los soldados españoles, frente a la cobardía insurrecta, el inevitable final era la victoria española. Junto a estas apreciaciones generales estaban situaciones más concretas: su apreciación de que los insurrectos huían siempre, que interpretaban síntoma de derrota y no táctica guerrillera; la imagen, bien asentada en los relatos, de que en los enfrentamientos los insurrectos tenían más bajas; el contraste entre las columnas numerosas que movilizaba el ejército español y las partidas guerrilleras con las que tropezaban, en general de dimensiones más reducidas; la entrega sucesiva de insurrectos, tanto en Cuba como en Filipinas, que interpretaban como pasos sucesivos hacia la derrota insurrecta; las privaciones que pasaban los cubanos, que les invalidaban para el combate; la idea de que la mayoría de los cubanos temía a la insurrección.

Para los soldados todos los indicios señalaban al inminente final de la guerra, una idea que no desaparecería pese a que las expectativas se veían defraudadas mes a mes. Con todo algún soldado experimentado dudó, no de la victoria española, sino del final inminente de la guerra. "De lo que me dice que la guerra se acabará pronto, es lo que haría falta, pero no veo los motivos de que se acabe pronto", escribía un soldado en noviembre de 1895. Y hubo algunos escépticos: "dicen que se acabará pronto la guerra, pero yo digo que antes se ha de acabar con los hombres de España". "Si esto sigue de esta forma pues tenemos guerra en Cuba hasta que vuelva Colón": así se expresaba un soldado experimentado que había combatido en Melilla en 1893,

que estaba en Cárdenas, Cuba, en 1897 y que se planteaba pedir el traslado a Filipinas. En todo caso, predominaba la idea de la victoria española, aunque algunos cuestionaran la idea de que fuese inmediata.

Ninguna carta habla específicamente de la disciplina: los soldados mencionan la valentía como la virtud que les lleva a la victoria, no la preparación o su eficaz encuadramiento en el ejército. Sin embargo, no hay duda de que eran disciplinados. A veces protestan contra deficiencias organizativas, pero nunca contra las tareas básicas que les ordenaron. "Todos los días nos hacen andar de 8 a 10 leguas, todos los días" escribe un soldado en marzo de 1896, "pasamos mucha sed en las marchas". Pero lo hacía constar como gajes del oficio, sin que se atisbe rechazo ni reticencias al cumplimiento del deber. "Estamos muy alegres", su evaluación final, no sugiere recelos a ese régimen de vida. Otro soldado menciona sus difíciles y agotadoras operaciones del verano del 97, en las que no faltaron enfrentamientos con el enemigo. "Nos levantamos a las 3 de la mañana y hoy acampamos a 8/9 de la noche, así que andamos a leguas todos días". En tres días realizaron 34 leguas, pero su conclusión sugiere la aceptación disciplinada de los esfuerzos. "Esto es pasar trabajos, unos días cantando y otros tristes, así que hay que pasar la guerra de Cuba".

Los ejemplos son abundantes. Las labores más duras de la guerra fueron asumidas sin reticencias en los relatos de los soldados, que se limitaban a contarlas. Hacen constar a veces el cansancio o incluso el agotamiento, pero no las cuestionan. Las más diversas situaciones fueron objeto de un tratamiento de este tipo. Cabe citar las siguientes: las operaciones incesantes por la manigua, a veces varios días persiguiendo a un enemigo que se desvanecía; la marcha militar al sur de la provincia de Cavite o por la Pampanga; los enfrentamientos armados, a veces varias horas bajo el fuego enemigo[13]; la escasez de avituallamientos cuando estaban de operaciones[14].

---

13 ."Ya me pasarían más de mil balas [por encima], pero de estas que estallan en el aire que parecen cohetes cuando estallan, pero por eso nunca hay miedo" era la peculiar apreciación de Fidel Yburo al contar un enfrentamiento que tuvo lugar en diciembre del 97, en Cuba. Desde el apostadero de Cavite escribía Domingo Moya un año antes: "sabrá como tuvimos el día 9 del presente mes [noviembre de 1896] de las nueve a las dos de la tarde [un enfrentamiento con los insurrectos], lo cual tuve suerte, que me salvé de la muerte"-.

14 Fue una situación frecuente. Un caso extremo figura en el relato de Anastasio Portillo, que en enero del 97 escribía desde Manila y contaba que a unos días de llegar les habían sacado de operaciones a las doce de la noche y estuvieron cuatro días por el campo sin encontrar agua y sólo pudieron comer alguna gallina que "pescaban" al pasar junto a algún pueblo y sin apenas cocinarla, porque el hambre les acuciaba. No obstante, la carta de Anastasio resultaba optimista, los apuros eran sólo un episodio más.

Los vecinos de Baracaldo que escribieron estas cartas mostraron una incuestionable disciplina militar. Los relatos muestran la aceptación de la guerra, que les llevaba a enfrentamientos serios y a operaciones a veces durísimas, con frecuencia en condiciones precarias. Para situar estas actitudes en su contexto, ha de recordarse que el régimen laboral al que estaban acostumbrados era también riguroso y disciplinado. Sucedía en las minas, talleres y fábricas, donde trabajaba la mayoría de estos soldados. Las jornadas eran larguísimas y la vigilancia de los capataces estricta. Podría añadirse –para completar el paralelismo- que tales trabajos no estaban exentos de graves riesgos, pues eran frecuentes los accidentes. Desde un punto de vista la comparación salía a favor del ejército. Aunque a veces deficiente, los soldados tenían asegurada la manutención e incluso un sueldo, por mucho que fuera escaso.

Dificultades y privaciones

Pero las cartas de los soldados no eran relatos satisfechos. En los relatos abundaban las quejas sobre el funcionamiento del ejército. No se referían a las agotadoras jornadas bélicas ni a los riesgos que implicaban, sino a cuestiones aparentemente menores pero que les resultaban cruciales. Se quejaban sobre todo por los deficientes abastecimientos. La escasez de agua y de vituallas cuando estaban operando se incluía en el relato para explicar la dureza del servicio, pero se convertía en queja pesarosa si se producía en la guarnición o en lo que llamaríamos la vida cotidiana del soldado. No para levantar protestas ante el mando, pero sí para que la familia conociese sus penosas condiciones de vida. En todas las ocasiones tales quejas parecen fundadas y revelan serios problemas organizativos del ejército, con capacidad de quebrar la moral de los soldados.

Muchos soldados anotan serios apuros en el viaje a Cuba o Filipinas. Sin protestas ante unas condiciones muy duras, parecen aceptarlas como parte de la vida del soldado. Sin embargo, sorprenden. No sus quejas por el mareo, a veces agudísimo, o por el calor que se pasaba en el mar Rojo –la principal dificultad en el viaje a Filipinas-, sino por la carestía de los abastecimientos que tenían que comprar en el viaje[15]. Ninguno se extraña por tener que adquirirlos, pero lo cierto es que era necesaria la compra de productos básicos, incluyendo el agua. También vino, carne, caña y limón.

[15] Para las penosas condiciones en las que se realizaba el viaje a Cuba, vid. CIGÉS APARICIO, Manuel: *El libro de la crueldad. Del cuartel a la guerra*, B. Rodríguez, Madrid 1906, pág. 176 y ss.

Anotan además los precios, de los que se quejan, y eran carísimos. Hemos podido comparar los precios con el dinero que solían llevar: no mentían cuando aseguraban que se lo habían gastado todo al llegar a la colonia. En realidad, los esquilmaban durante el viaje. Sabemos que tal negocio lo hacía básicamente la tripulación del trasatlántico. Los soldados recibían rancho, pero este era escaso.

Varios confirman que debían comprar agua y que esta resultaba muy cara, a un real el vaso "y caliente". "Los ocho días primeros los pasamos muy mal sin probar el agua, y después nos vendían agua a peseta el vaso de medio cuartillo" relataba un soldado. Una pinta de vino salía "tres pesetas" "y no se podía beber". "Aquello era un robo muy grande" concluía un campesino baracaldés que habría de morir en Cuba. Tenía razón en la carestía, al margen del despropósito de que los soldados hubiesen de adquirir productos tan básicos como agua, pan o carne.

Ya en las colonias las quejas no se referían en sí mismo al servicio militar, sino a deficiencias organizativas. Saltaban también por la comida, si era poca o repetitiva; por la bebida, si el agua era escasa o las bebidas alcohólicas salían caras; por la ropa, si les faltaron los repuestos. También por dormir poco o en malas condiciones.

Las protestas de los soldados se debían a deficiencias en las condiciones de vida básicas. "Nos hacen pasar mucha hambre con una ración cada día y dormir en las maniguas" contaba un soldado en diciembre de 1895. "Yo no creía que iba a pasar nunca tanta hambre y tanta sed, pues ya veo que esto no es matar soldados con bala sino de hambre" contaba otro soldado que durante medio año había participado en continuas operaciones. Escribía desde Holguín el 5 de febrero del 96, unas semanas antes de que lo matasen en un enfrentamiento. "La enfermedad es que comemos poco". "Aquí sabrá que pasamos mucha hambre y sed. Carne nos dan mucho, pero crudo, que lo tenemos que hacer nosotros". Varios soldados repetían las quejas.

Con todo, la imagen general que proporcionan los soldados no es de escasez ni deficientes avituallamientos. Tales problemas desaparecieron en la primavera del 96, al estabilizarse la guerra. Las quejas mencionadas son de los primeros meses de la guerra. Las últimas de este tipo son de marzo de 1896, excepto en una ocasión en Filipinas, "estuvimos quince días que pasamos media hambre" contaba un soldado, pero su relato no se refería a cuando estaban en el cuartel sino a una operación. En todo caso, los de Filipinas no cuentan los apuros que hubo en Cuba.

A partir de abril del 96 ningún soldado de los que estaban en Cuba menciona penuria en la comida, y eso que era una cuestión sensible, de las que se informaba a la familia. Al contrario, desde esa fecha los soldados expresaban

su satisfacción porque no les faltaba. Cuando querían decir a su familia que estaban bien contaban que la comida era abundante. "Comemos muy bien. Lo malo que tenemos es el pan": la situación estaba cambiando, pues no es lo mismo quejarse del pan que del hambre. Las noticias de este tipo se repetían. "Gordo estoy y con muchas esperanzas. "Sabrás que aquí estamos muy bien, mucho mejor que en la península" pues aunque escaseaba la carne, había muchas frutas, además de que bebían en abundancia, en este caso licores. "Comemos bien de carne". La comida, y en segundo lugar la bebida, constituía un criterio prioritario para evaluar la situación, tanto por los soldados como para sus familias. "Aquí cuando vamos a rancho nos dan un vaso de vino en cada comida y dos panecillos tiernitos y pan blanco […] Si esto sigue así, para nosotros no es guerra, porque estamos mejor que queremos"[16].

Desde la primavera del 96 las quejas por las vituallas se referían a los altos precios que encontraban en Cuba o en Filipinas, cuando salían del cuartel, no a lo que recibían en este. "Aquí lo único que tenemos algo barato es el tabaco y el ron. Lo demás, muy caro", en expresión de un soldado que escribía desde Cuba en septiembre de 1896. En Filipinas "el vino cuesta muy caro" y era prohibitivo. A otro soldado y sus amigos les prohibieron salir del apostadero de Cavite por sus agresiones a los taberneros cuando éstos pretendían cobrarles un precio desmesurado cuando tomaban vino. Con todo, después de los primeros meses la opinión predominante era la de que "nosotros andamos por aquí como queremos", siendo la comida y la bebida uno de los primeros elementos para evaluar la situación.

Ocasionalmente hubo deficiencias en la indumentaria. Si era cierto lo que contaba Juan González, tenía razón para protestar, aunque su relato se limita a exponer las circunstancias. Estaba en Alquízar, tras meses de operaciones. A comienzos de enero del 96 se alegraba de que por fin iban a estar "más limpios". Cuenta que desde julio no les habían dado ropa "y la camisa y los calzoncillos no sé cuándo los he tenido". Ahora les habían dado calzoncillos y mandado traer tela de la Habana, para hacerles trajes, pues "el que tenemos ya está roto". Y expresaba su satisfacción por la novedad, más que pesar por haber tenido que combatir en tales condiciones. Transmite la impresión de que los soldados, disciplinados, aceptaban bien las penurias, pero también la imagen de un ejército con deficiencias muy serias, incapaz de vestir en condiciones mínimas a los combatientes. "Aquí andamos mal vestidos y mal calzados" aseguraba otro soldado en febrero, pese a que creía que en conjunto la situación era satisfactoria.

[16] La conclusión era peculiar: "estoy muy gordo, tengo la cara llena de granos de tanto gordo como estoy y luego el sombrero y el traje de raya"

Como con la comida, desde la primavera del 96 no vuelven las quejas sobre deficiencias en la indumentaria. Sólo una carta de septiembre del mismo año advertía que, si llovía, en las marchas era frecuente quedarse descalzo. "Se pone de barro hasta los rodillas" "no se puede gastar más que alpargatas y ellas bien amarradas con buenas correas y con todo todavía creo que las suelen dejar entre el fango".

Otros motivos de queja: los retrasos en el cobro de la soldada, además de la general de que apenas les llegaba para los gastos -"no se puede escribir mucho porque cuesta mucho el sello": hubo muchos que escribieron en este sentido- y la necesidad de ir constantemente armados si salían del cuartel[17]; ésta debió de ser una instrucción general que les resultaba pesarosa.

Una última queja, que expresan varias cartas y se intuye en otras, era de índole sicológica. Los soldados se sentían aislados, al quedarse sin contacto con sus amigos. Lo expresaba bien uno que en septiembre de 1897 llevaba 28 meses en Cuba: "en todo lo que llevo corrido en el tiempo que soy soldado y muchos batallones que he visto, no he podido conseguir verme con ninguno del pueblo". En el viaje los soldados se apoyaban en sus conocidos. Luego, hacen constar muchos, quedaban separados. Si se encontraban con algún vecino cuentan la alegría y celebración. En general, procuraban saber dónde estaban los amigos, cómo les iba la guerra, pues transmitían noticias indirectas de si seguían con vida, entraban de asistentes, habían caído enfermos, regresado a España o muerto.

Es una cuestión clave para evaluar la moral de los soldados, para los que tenía especial importancia el contacto con los de su pueblo. Por la cantidad de quejas y la evidencia de que pocos vecinos tuvieron el mismo destino y nunca en la misma unidad (al menos, en los datos que tenemos, que son varias decenas) debe entenderse que el ejército dificultó coincidencias de soldados de la misma localidad, para evitar solidaridades (y tensiones) locales que se impusiesen sobre las derivadas de la pertenencia al mismo cuerpo.

Tenía su importancia, pues en la mentalidad de los soldados la proximidad familiar y la vecindad definían los estadios sociales más próximos, por encima de cualquier otro criterio, incluyendo los que suelen entenderse como proximidad de clase. Describían el ámbito social en el que se sentían inmersos. Los soldados combatían junto a hombres de otras procedencias, con los que compartían riesgos y fatigas. Pues bien: en el centenar largo de cartas que hemos estudiado no motivan ninguna expresión

[17] "Aquí no hacemos más que comer, beber ron y pasear. Ahora, que tenemos que salir a paseo con el fusil y los cartuchos", Zuloaga, San Luis; Gandarias estaba también en San Luis y contaba lo mismo: "aquí no se puede salir uno solo de paseo, siempre unos 6 o 7 y con el fusil y los cartuchos y no hay que fiarse de nadie"

de amistad o de cercanía afectiva respecto a estos. Quedaban subsumidos en un impersonal "nosotros", que no denotaba más proximidad que la de compartir las experiencias, sin otro tipo de lazos. Por contra, las noticias que recogen de vecinos resultan efusivas. La forma de referirse a los soldados de otras procedencias señala este alejamiento afectivo. "De tantos amigos que vinimos estamos todos repartidos, uno por cada lado. El único amigo que tengo es un montañés de la provincia de Reinosa, los demás todos son valencianos y catalanes". Estos genéricos parecen explicar, en el sentir del soldado, que no hubiese una relación amistosa, reservada en su caso no a un vecino, pues no lo había, sino a un soldado de origen próximo, reconocible por la familia.

Las coyunturas bélicas y la percepción de los soldados

En conjunto, los soldados hicieron gala de una moral militar elevada: confianza en la victoria, identificación con el mando y disciplina fueron las notas más reseñables, junto a la creencia en el valor como virtud decisiva y, en algunos casos, un patriotismo elemental convencido de la superioridad del soldado español. Con distinta intensidad estos valores los expresaron los soldados a lo largo de los tres años que duró la guerra. Ahora bien, los cambios en las coyunturas bélicas hicieron mella en el ánimo de los soldados. Podemos distinguir la siguiente secuencia:

El primer periodo se abre con el comienzo de la guerra y llega hasta marzo de 1896. Fueron meses militarmente difíciles, con operaciones frecuentes, a veces improvisadas, para enfrentarse a partidas dispersas y proteger la zafra –una prioridad por razones económicas y para contentar a los empresarios que apoyaban a España-. Al principio la guerra se produjo sobre todo en la parte oriental y el ejército español tuvo el objetivo estratégico de impedir que los insurrectos pasasen a occidente. Cuando se produjo esto, a mediados de diciembre, las operaciones, a veces larguísimas, recorrieron toda la isla, buscando proteger La Habana y sofocar la insurrección en las provincias centrales y occidentales.

Las cartas del periodo son intensas. Relatan operaciones por la manigua, persecuciones y enfrentamientos. Algunas cuentan larguísimas marchas en pos del enemigo y no faltan las que muestran agotamiento. "No les pongo más porque ni acierto a escribir" concluía Eguiluz, tras explicar que había pasado dos meses de operaciones agotadoras. "Andamos por los montes muy mal, porque andamos muchos caminos y andamos mucho" y tuvieron varios enfrentamientos.

Fueron meses muy duros[18], pero los soldados –entre los que abundaban los voluntarios- mostraron, además de una disciplinada disposición a las operaciones largas y peligrosas, una plena aceptación de la situación, con una moral militar alta. Lo expresaba bien el propio Eguiluz: el panorama era sombrío - "tenemos mucha miseria, se crían muchos piojos"; cobraban la mitad de lo de antes, "así que no ganamos para alpargatas"-, pero "yo tengo mucho más ánimo, pero mucho ánimo". En su relato forman parte sustancial las victorias españolas, con muchas bajas enemigas; la aceptación de la lucha[19] y el convencimiento de la superioridad española, pues "los mambises no pueden hacer nada porque son muy cobardes", "no valen para nada, tienen mucho miedo".

En estos meses se repetían las mismas ideas. "Los insurrectos son muy cobardes", "esto va a durar poco tiempo, porque ya se van entregando muchas partidas de insurrectos". Creían que la guerra terminaría pronto. La principal prueba: los insurrectos huían en cuanto les veían: "es una comedia el verlos correr a esconderse para que no los encontremos".

A mediados de diciembre se produjo la acción de Maltiempo, "la batalla más grande que se ha visto", que contaron tres soldados y fue la principal derrota del ejército español[20]. Los insurrectos pudieron pasar a las provincias centrales y occidentales. Pues bien: no quebró la moral. Gregorio González, que estuvo en las inmediaciones de la batalla y contó la gran mortandad que hizo la carga a machete –"de una compañía dejaron pocos"-, seguía pensando que "esto no es guerra", que el enemigo era cobarde y no daba la cara. Para él, Maltiempo había sido una casualidad, debida a que las tropas las componían quintos inexpertos que se asustaron. Pero por lo demás "la guerra esta es un juego de niños". Fue la opinión predominante, pese a que desde entonces se endurecieron las operaciones, "andando por las maniguas y por los montes hemos recorrido toda la isla".

---

[18] Las descripciones de la época hablan de las dificultades extremas de la misma. Un militar recién llegado a Cuba retrataba así a los primeros soldados que vio: "Creo asistir a un cortejo de moribundos. En todos los semblantes la demacración exagerada, un tinte verdoso […] Vienen cabizbajos e indiferentes en su mayoría […] Los oficiales vienen en estado semejante". BURGUETE, Ricardo: ¡La guerra! Cuba (diario de un testigo, Barcelona, 1902, pág. 69.

[19] Y en este caso también la aceptación de su destino, pues escribía que "si está de Dios que tengo que morir aquí no hay más remedio que morir" unas semanas antes de caer.

[20] La historiografía militar, lo mismo que la opinión pública en su momento, no ha resaltado la importancia anímica y militar que tuvo la derrota española en la batalla de Maltiempo, diciembre de 1895. La describe bien la biografía BARNET, Miguel: *Cimarrón*, Ediciones del Sol Buenos Aires, 1987, pág. 149 y ss. El biografiado, Esteban Montejo, contaba el combate, la carga al machete y el pánico de los soldados españoles: "Mal Tiempo […] fue el primer infierno que sufrieron los españoles en Cuba", "Mal Tiempo *jamaqueó* a los cubanos, les abrió el espíritu y la fuerza".

Hubo alguna nota discordante, como la del soldado que contaba que "ha sido un barbaridad la gente que ha muerto en Cuba" y creía que había guerra para rato. Sin embargo, ni siquiera él dudaba de la victoria española y podía la idea de que "los jodemos por todas partes".

El periodo lo cerró el relevo de Martínez Campos por Weyler, cuando los soldados mostraron su apego a la mano dura. Durante algunas semanas continuaron las largas operaciones, pero las cartas transmitieron optimismo, expresiones patrióticas y confianza en una victoria que se creía inminente, por la supuesta cobardía de los insurrectos y la eficacia de la represión.

Hacia marzo del 96 comenzó otro periodo, marcado por la estrategia de Weyler. Desde la perspectiva de la moral de los soldados duró algo más de un año, hasta el verano del 97. Fue cuando se construyeron las trochas, para dividir el territorio. Se rehabilitó la trocha Morón-Júcaro, que en la guerra de los Diez Años había contenido la insurrección en Oriente, y se levantó la de Mariel, buscando aislar la parte occidental. Después, se acometieron las reconcentraciones, que ordenaban el desplazamiento de la población rural hacia algunos enclaves. En este periodo no hubo ya marchas compulsivas de tropas. El ejército español incrementó sus efectivos, hasta superar los 200.000 hombres, el mayor ejército colonial organizado nunca por España. La mayor parte de los soldados fue destinada a pueblos, los fuertes de las trochas y guarniciones estables. En general, participaron sólo en operaciones de vigilancia o en cortos desplazamientos. Simultáneamente algunas columnas limpiaban el territorio. Estaban mejor conjuntadas, con infantería, caballería y artillería de montaña. Con la racionalización del despliegue, los suministros se estabilizaron. Las cartas de esta época no recogen las noticias de carencias características de los primeros meses.

El nuevo estado de cosas se percibió inmediatamente en las misivas de los soldados, de los que la mayoría eran ya quintos. Hubo muchas menos noticias de incidentes bélicos, mientras ganaban espacio las que contaban su vida cotidiana. La moral de la tropa fue alta. Los soldados confían rotundamente en la victoria española. "Esto no es guerra", "estamos como queremos", "estamos mejor que queremos": la expresión, insistente, se explicaba por la regularidad de los abastecimientos y los pocos enfrentamientos. Hubo quejas por la necesidad de llevar constantemente el armamento, por la carestía que encontraban fuera del cuartel y porque no siempre llegaban cartas de casa, pero respecto a los sustancial predominaba una idea: "sobre la guerra es más el ruido que meten por ahí que las nueces".

"Aquí nada se sabe de la guerra", "de la guerra […] que está cada vez menor y creo que pronto se acabará", "estoy muy a gusto", "yo estoy muy a

gusto… estoy muy bien". No parece que fuese para tranquilizar a la familia. Las opiniones de este tenor salpican las cartas de estos meses.

No había insurrectos o no tropezaban con ellos, por lo que la conclusión era unánime: la guerra estaba para concluir. "Esto no tiene trazas de que dure mucho" (septiembre de 1896). "De aquí iremos a nuestras casas" (febrero del 97). Aquello estaba acabado y "podía estar concluido ya esto" si no fuera por lo que hizo Martínez Campos, se aseguraba. Los insurrectos no eran más que bandoleros, ladrones, traidores y cobardes, gente que no quería trabajar. Y hubo un momento de euforia, cuando la muerte de Maceo. "Parece mentira el regocijo que se ha armado aquí". Hubo música y gritos repetidos de "Viva España" cuando llegó el parte oficial.

En este periodo, para los soldados era artículo de fe que la guerra iba hacia su final. "Por aquí se dice que se termina muy pronto". "Si esto es guerra, que nunca cese". "La guerra está acabada", aseguraba taxativo un soldado que confiaba estar en Navidad en casa. Sólo quedaban flecos, que los insurrectos pagasen los perjuicios que habían hecho a España. Cuando se fijase la indemnización regresaban. "Ya está muy paralizado todo". Ya no era como antes, "de modo que está terminado ya todo". Muchos mambises se entregaban. "No hay que tener miedo al plomo": la moral estaba pletórica.

De pronto los entusiasmos se desvanecieron. Fue en junio de 1897: el tono de las cartas cambió drásticamente. Se volvió agrio, pesimista. Sin dudar de la victoria, los soldados dejaron de verla cerca. Se produjo la desmoralización de la tropa. El corte fue brusco y general. Los soldados en Cuba estaban muy alejados entre sí, sus fuentes de información eran muy diferentes y en lo fundamental sus opiniones dependían de sus experiencias, situadas a kilómetros de distancia. Aun así, fueron unánimes. El desaliento se deja ver en todos, que relatan de nuevo padecimientos y transmiten la sensación de apuros militares.

En el trasfondo de la repentina desmoralización estuvo la prolongación de la guerra. Los quintos que habían confiado en el inminente final vieron que la guerra continuaba, que seguía todo igual –por emplear una de sus apreciaciones -. Además, los insurrectos retomaron iniciativas de importancia local. Contra lo que se había dicho, la muerte de Maceo no había acabado con la rebelión. Pero hubo un factor decisivo en el súbito cambio de ánimo: las enfermedades[21], que desde finales de la primavera comenzaron a castigar al ejército español. Eran consecuencia indirecta de una decisión

[21] Vid. ESTEBAN MARFIL, Bonifacio de: *La guerra de Cuba (1895-1898), como caso paradigmático de las enfermedades infecto-contagiosas*, en CAMPOS MARÍN, Ricardo; MONTIEL LLORENTE, Luis; HERTAS, Rafael (eds.): *Medicina, ideología e historia en España (siglos XVI-XXI)*, CSIC, Madrid, 2007, págs. 435-445.

militar, aunque no se percibió así. Las reconcentraciones provocaron un desastre humanitario. Cientos de miles de cubanos fueron hacinados en pésimas condiciones, mal abastecidos. Las reconcentraciones fueron el caldo de cultivo para que estallasen epidemias. La enfermedad pasó a los soldados españoles. Nuestras cartas las mencionan cada vez con más frecuencia, los hospitales, el vómito. Crearon un ambiente hosco, que alentaba los pesimismos. Los soldados comenzaran a temer la enfermedad y que se prolongase la guerra.

El soldado Arteagabeitia escribió a casa el 22 de junio. Su carta refleja el nuevo estado de cosas. El último mes había estado dos veces en el hospital por el vómito (la fiebre amarilla) y muchas más a cuenta de "unas grandes úlceras". Transmite una profunda desmoralización. Su batallón tenía dos mil hombres y "no hay ochenta buenos". "Dicen que la viña pobre se seca; entonces si estoy esperando a que dé uva para ir, tarde me ven". La congoja le llevaba a suponer que no volvería a casa. Noticias de este tipo se repiten los siguientes meses, incluyendo la de algún muerto. Víctor Zuloaga contaba el fallecimiento de Clemente Campo en el hospital, muchos hablan de enfermedades. De los 200 hombres de su compañía sólo 20 habían quedado sin ir al hospital[22].

De esta época arranca también la desconfianza en la dirección de la guerra. No respecto a sus mandos inmediatos, pero sí por cómo se estaba llevando la contienda. Alguno trasmite la idea –sería una versión que circulaban entre los soldados- de que la guerra no se terminaba porque "no querían". "Esto es un comercio muy grande", se prolongaba la guerra porque era un negocio para muchos. "Esto no se acaba porque no quieren", todo es para que saquen medallas. Se diluía la solidaridad patriótica con los mandos. Las tropas empezaban a sospechar de los superiores, no sabían qué hacían aquí. Las reticencias estaban muy extendidas. Las enfermedades, el cansancio y la falta de explicaciones abrían la etapa sombría. Algunos creían que si no licenciaban a su quinta era porque no querían, no por necesidades militares. Antes casi todos aseguraban que la guerra estaba acabada, ahora podía el escepticismo. Aquí, "en la isla", "no se sabe nada". Siempre es lo mismo, "ni parriba ni pabajo va la cosa de esto de la guerra". "Por aquí va jodido todo". "No hagan caso a los noticieros" cuando les dijeran que aquello estaba arreglado. Un año antes algún soldado se quejaba de lo contrario, del catastrofismo de "los hombres que escriben en los periódicos". De pronto estaban asustados –una sensación nueva en las cartas-, "estamos con

[22] Así lo describe Zuloaga: "Era cosa de risa el ver la compañía con 20 hombres y el capitán, 1 sargento, 2 tenientes y 1 cabo 1 soldado 1ª que era un servidor". Al de unas semanas él también cayó enfermo y murió. Seguramente pasó lo mismo con Arteagabeitia.

mucho miedo por motivo de que estamos poca gente", sólo dos regimientos. De nuevo volvían enfrentamientos sangrientos. En Quivicán "los insurrectos entraron a machete igual que fieras y mataron algunos". "Anda mucha enfermedad, el vómito aprieta, cae gente como moscas". "Yo lo veo malo de que hagan las paces", "esto no sabemos cuándo se acabará, porque yo no veo ninguna mejoría".

El pesimismo se generalizaba. "Esto, hermano, no tiene ánimo de acabarse pronto". Y volvía el agotamiento, "desde que vine a esta isla ya no he vuelto a saber cuándo es domingo". "Si malo lo veía el mes pasado, pues malo lo veo este"[23]. Se palpa la desmoralización. Un convoy, en Puerto Príncipe: 16 muertos –"con esto no le digo más"- y 400 soldados que al regresar quedaron en el hospital. Las enfermedades estaban causando estragos en el ejército español y los insurrectos les hacían frente con algún éxito. "Esto está tan fresco como el primer día", "si no toma otra marcha vamos a tener guerra para rato". No por la fortaleza del enemigo sino porque la guerra "no es más que una cuestión de negocios" y los superiores querían que durase, para coger honores y estrellas. "Y el pobre soldado que se fastidie". Se generalizaban el escepticismo y la desconfianza hacia los mandos militares. "Mi regreso está cada vez más lejos", confirmaba un soldado que había estado 29 días enfermo. Conservaba el ánimo, pero el regreso lo veía bien lejano. José García había estado en el hospital y daba noticias de tres que volvían a casa por enfermedad[24]. Todos hablaban de enfermos, los que escriben por aquellos días[25].

Las cartas transmiten la percepción de los soldados, su situación anímica, su moral: las impresiones son coherentes y numerosas. Proporcionan una imagen consistente: agobios militares en los primeros meses de la guerra; confianza a partir de febrero de 1896, cuando llegan a pensar en que se ha acabado la guerra; desmoralización brusca a partir de julio de 1897, porque la guerra no se termina, por las enfermedades y por los enfrentamientos de nuevo agudos.

La moral de los soldados es un componente fundamental en la marcha de la guerra. Pues bien: cabe concluir que desde esa perspectiva la estrategia de Weyler tuvo resultados fatales. Al principio les dio seguridad, al situar a los soldados en destacamentos fijos, con avituallamientos estables. Después

[23] El autor de la carta, Isidro Salvide, estaba en Melena del Sur, al oeste de la isla, y aseguraba que operaban "infinidad" de columnas españolas "y total para no hacer nada"

[24] Efectivamente, Generoso Trueba, el autor de la carta, no volvió de Cuba.

[25] "Han sido calenturas, que ahora andan muy abundantes por este país y ahora más por esta provincia que en las demás de la isla", comunicaba Gregorio Castaños, sargento de 20 años. Y la guerra estaba igual que el primer día.

el estado de ánimo se invirtió, por el estancamiento bélico y las enfermedades. Los soldados empezaron a desconfiar de los mandos, lo que no había sucedido en los difíciles primeros meses.

Tenemos pocas cartas de los últimos meses de la guerra, pero todo indica que la moral de los soldados no se recuperó. No llegaron a notar el cambio de política militar que siguió al relevo de Weyler por Blanco, que preconizaba una política humanitaria. De las cartas, que narran ejecuciones sumarias, se deduce que muchos oficiales siguieron practicando la mano dura. Como en los primeros meses de la guerra, las cartas recogieron operaciones, enfrentamientos, algunas derrotas… La relativa tranquilidad de 1896 y la primera mitad del 97 había desaparecido.

A esta fase corresponde el único incidente que en las cartas refleja resistencia a la guerra, lo hemos mencionado ya. Se produjo en Santander, a fines de octubre de 1897. Varias decenas de quintos se amotinaron en el cuartel, negándose a ir a Cuba[26]. El asunto no fue a mayores: los soldados fueron aislados y conducidos una madrugada al trasatlántico, sin ser sancionados. Lo sucedido no dejó secuelas en las opiniones de los soldados, ni siquiera entre quienes participaron en el plante –sus cartas presentan luego la misma aceptación de la guerra que los demás- pero constituía una novedad. El pesimismo que había en las colonias sobre la situación bélica se transmitía a la península, en la forma de recelos respecto a la guerra o de oposición popular, al menos en las ciudades.

Uno de estos soldados llegó a expresiones militaristas, con entusiasmos patrióticos, pero al llegar describe una razón del descontento. El regimiento llevaba siete meses sin percibir la soldada "y ni esperanzas de cobrar, padre". Él mismo pasaba por apuros, pues para comprar tabaco tenía que vender pan. En febrero del 98 seguían sin cobrar, aunque se decía que les pagarían dos meses. Por entonces vendía pan para mandar la carta. Pero el fin de la guerra estaba próximo, volvían a opinar algunos: el general Blanco había dado libertad a los prisioneros de Weyler y esto anunciaba que pronto se acabaría todo, lo mismo que entendieron cuando los apresaron.

Pero se imponía la idea categórica de que "todo esto está muy mal arreglado". "Hay aquí hombre que lleva aquí siete años de servicio y [dice] que esto es una vergüenza". La moral estaba por los suelos. "Aquí estamos mal". Fidel Yburo, partícipe en "la revolución" de Santander, contó una durísima batalla. La acción fue victoriosa, pero desde hacía dos años los sol-

[26] Según la prensa, que recogió el incidente, participaron en el plante de los soldados 257 reclutas, "de las provincias vascongadas y Navarra". Las autoridades militares de Santander, *El Nervión*, 25 de octubre de 1897. También *La lucha de clases*, 30 de octubre de 1897; y Tumulto en un cuartel, *El Nervión*, 23 de octubre de 1897.

dados no contaban apuros similares. Murieron muchos hombres "de los de ellos y de los nuestros": "pero más murieron de los de ellos". Era victoria, pero también novedad un enfrentamiento abierto de este tipo. Después quemaron algunas casas y "también matamos unas cuantas mujeres y criaturas" el relato, descarnado, es el de una guerra cruel, sin los rasgos humanitarios que se decían.

Las últimas cartas que tenemos son de soldados recién llegados a La Habana a comienzos del 98, que no llegaron a conocer el frente. Alguna cuenta detalles para animar a los de casa. Encarga que tranquilizasen a una vecina, pues a lo mejor su hermano no había muerto, "aquí hay muchos que en esa les contaban por muertos". La imagen querría ser optimista pero resulta desoladora, por la imagen de muertos vivientes que esbozaba y por la idea de un ejército incapaz de saber sus bajas.

Pero seguía confiándose en la victoria. Miguel López escribió desde La Habana el 9 de mayo de 1898, una vez declarada la guerra con Estados Unidos, lo que no queda claro si el soldado conoce. "Yo, que me libré siempre de venir aquí, por fin llegó el día que no pudo ser": aceptaba de forma resignada su llegada a Cuba. Allí se enteró del "percance del Mayne". Se hacía eco de la idea de que había sido una agresión a España. Y de una opinión general: España iba a declarar la guerra a Estados Unidos. La victoria sería rápida, creía. "Dentro de breves días" saldrían hacia Nueva York, que escribía Nuvayor. La marcha sería triunfal y él conocería otra parte del mundo.

Tal optimismo puede parecer ingenuo, pero se corresponde bien con lo que pensaba la opinión pública. Después de la declaración de guerra a los Estados Unidos a la prensa española mantenían el entusiasmo militar, incluso la euforia. "El león español sacudió la melena y levantó sus garras para aplastar al reptil inmundo, que no tiene más corazón que un pedazo de hielo, y más ley que la razón de la fuerza"[27], "el miedo de los yankees no puede ser mayor al ver la actitud enérgica de España… sus alharacas han quedado reducidas a la baja por dificultades insuperables y los sueños de invasión han quedado desvanecidos indefinidamente […] Será el nuestro triunfo… ni con buques ni con dinero se adquiere el valor, y este le ha de hacer mucha falta a los yankees en el lío en que se han metido"[28]. Los análisis no eran mucho más sofisticados que las percepciones del recluta que estaba en la Habana, recién llegado. La valentía, el valor como elemento decisivo de la guerra, por encima de consideraciones económicas y geoestratégicas: los planteamientos que encontramos entre los soldados de Baracaldo en Cuba

[27] Bilbao, *El Nervión*, 24 de abril de 1898.
[28] Proyectos… de miedo, *El Nervión*, 26 de abril de 1898.

se ajustaban bien a las directrices de la opinión pública. Podría hablarse de una perspectiva colectiva, de la que participaban políticos, militares, las clases altas y medias de los periódicos y los grupos humildes. Habría disensiones, sin duda, pero también la coincidencia en unas elementales nociones patrióticas y militares.

Los testimonios que tenemos de Filipinas son menos que los de Cuba[29]. Con todo, sí puede apreciarse una mayor sintonía en las versiones que proporcionan los soldados que combatieron en aquella colonia y menores variaciones en las percepciones de la guerra. Debe tenerse en cuenta que ésta tuvo una menor duración y que al año de estallar la sublevación la guerra estaba controlada por el ejército español. Este había penetrado en el corazón de la revuelta, la región de Cavite, y estaba sofocando los últimos restos de la insurrección, los que quedaban al sur y al norte. Además, los apuros militares fueron sustancialmente menores y la mayor parte de los soldados fue destinada a las guarniciones del Apostadero de Cavite y de Manila. De ahí que las versiones de las cartas presenten menos diferencias que las encontramos en Cuba. Proporcionan distintos relatos de una misma versión, la que predominaría entre los soldados, cuyos contactos estarían menos distanciados, que en Cuba, con guarniciones separadas varios cientos de kilómetros.

Por lo demás, las nociones patrióticas fueron las mismas, ya lo hemos dicho, así como la confianza en el valor y la estigmatización del enemigo por cobardes. Como nota distintiva: entre los soldados baracaldeses en Filipinas, que probablemente en esto reflejan la de toda la tropa, abundan los comentarios estratégicos. Desde finales de diciembre de 1896 se impone entre los soldados la idea de que la estrategia de Polavieja consistía en una marcha hacia la región de Cavite, llevada a cabo por todo el ejército; y que este avance, que inicialmente sería costoso en hombres, significaría el final de la insurrección. Ni qué decir tiene que los soldados compartían la estrategia e incluso el entusiasmo por la previsible dureza inicial, que sería compensada por un pronto final de la guerra.

La guerra no se desarrolló exactamente de esta forma, pero sí en líneas generales. El avance español fue unas semanas posterior a lo que predecían los soldados; y el avance no se hizo desde Manila, sino que vino precedido por marchas al sur de Cavite, desde Calambá hacia el oeste. Los testimonios que nos han llegado de estas operaciones, así como las que siguieron después por el norte, en la Pampanga, denotan a veces cansancio

[29] Vid. SASTRÓN, Manuel: *La insurrección en Filipinas y guerra hispano-americana en el archipiélago*, Madrid, 1901. Para la visión de un soldado, FRANCO, Juan L.: *Muerte al Castilla. La guerra de Filipinas contada por sus protagonistas*, ed. Parteluz, 1998.

pero también narran circunstancias estrictamente militares, de avances hubo enfrentamientos durante horas con los insurrectos, contados no desde un espíritu militar pero sí desde la aceptación plena de las obligaciones militares.

Se advierte otra diferencia entre quienes combaten en Filipinas y en Cuba. Los soldados que estaban en Oriente pocas veces se refieren al enemigo, al insurrecto, y cuando lo hacen su retrato tiene componentes exóticos (hablan de los juramentados, de los extraños juramentos que tenían establecidos, de las armas que empleaban) pero sin los temores que en las Antillas suscitaba el machete, las emboscadas, el encuentro con negros o la marcha por la manigua. En Filipinas hubo conatos de guerra de guerrillas, pero en lo fundamental los encuentros adoptaron la forma convencional, con enfrentamientos de trinchera a trinchera durante varios días y sucesiva ocupación de poblaciones tagalas por parte del ejército español. En cierto sentido, y desde la perspectiva de los soldados, el esquema fue antagónico al de Cuba, donde el ejército español quedó atrincherado en las poblaciones, plazas fuertes y trochas, defendiéndose de los insurrectos y persiguiéndolos por la manigua sin netos resultados al limpiar comarcas y provincias. De ahí que en Filipinas no se perciba, en las cartas de los soldados, similares referencias recelosas a un entorno hostil, del que podía llegar la traición o el ataque nocturno. Comparativamente, las cartas llegadas de Filipinas son optimistas. Compartne la aceptación resignada de la guerra, pero no decaimientos de la moral similares a los se produjeron en Cuba desde el verano del 97.

La moral de la tropa

Por lo que sabemos, y confirman las cartas de los soldados de Baracaldo, la instrucción que recibían antes de marchar a la guerra era precaria, y no preparaba específicamente para el combate en las condiciones que se daban en las colonias. Se completaba en Cuba o en Filipinas, en las áreas donde debían de combatir, donde entraban en contacto con el máuser y el machete, las armas que utilizaron.

De otro lado, no encontramos en las cartas secuelas de una formación que les explicase las razones de la guerra y es verosímil que apenas la tuviesen. Al decir de la prensa, los discursos de las autoridades se dirigían por lo común a los oficiales. Los que tuvieron como público a los soldados y recogió la prensa sorprenden por su construcción elemental, así como por el nivel rudimentario de las ideas que vertían. Sin embargo, probablemente no fueron piezas oratorias elaboradas específicamente para los soldados, sino

que reflejaban el tipo de razonamientos que acompañaron a las guerras coloniales, extraordinariamente simples, volcados en un elemental nacionalismo español y en referencias épicas a la historia de España, así como a la unidad indestructible de la patria, de la que formaban parte las colonias. No faltan alusiones al valor, de los soldados y del ejército, que serían los factores decisivos en la resolución de la contienda, incluso cuando comenzó la guerra con los Estados Unidos.

Completan el cuadro que permiten valorar la moral de los soldados otras dos circunstancias: las concretas experiencias militares y la verosímil conformación ideológica de quienes marcharon a las colonias.

Respecto a lo primero, y al margen de que algunos soldados hubieron de conocer duros enfrentamientos, buena parte de ellos relatan penosas condiciones de vida, con apuros que conocen ya en el viaje; altos precios y retrasos en la percepción de la soldada; comida a veces deficiente; el cansancio derivado de las marchas y contramarchas; y la experiencia de la enfermedad, sufrida en carne propia o por sus conocidos.

Desde punto de vista de la ideología de los soldados, no cabe suponer una estricta formación al respecto, con planteamientos bien estructurados que permitiesen comprender desde una óptica propia los sucesos bélicos, alternativa a la militar. Sin embargo, debe señalarse que los soldados de Baracaldo procedían de una zona que se entiende era reticente a la guerra, sobre todo en virtud de la propaganda socialista. De hecho, las autoridades militares eran conscientes de esta circunstancia, como hemos podido comprobar al analizar el conato de amotinamiento que se produjo en Santander en octubre de 1897. De entrada, y sin más investigaciones, el mando ordenó aislar a los reclutas provenientes de "las Provincias Vascongadas y Navarra", a los que evidentemente atribuiría una conciencia específica respecto a la guerra.

Estas son las variables en las que hay que contextualizar las referencias de las cartas de los soldados que pueden considerarse reflejo de su moral militar. En conjunto, puede afirmarse que se caracterizó por la aceptación, pocas veces entusiasta, del servicio militar en la guerra, por mucho que a veces se considerase fruto de la "mala suerte". No encontramos en ningún caso críticas rotundas al ejército.

Ciertamente, los soldados cuyas cartas estudiamos procedían de un ámbito que en 1897 era receloso con la contienda, si bien centraba sus críticas no propiamente la guerra sino la injusticia social que implicaba la redención a metálico. Pues bien: la compartiesen o no, los soldados baracaldeses que escribieron las cartas que hemos estudiado, no transmiten tal animadversión al ejército, contra lo que cabría suponer a partir de la prensa

vinculada a los socialistas. El motín santanderino al que ya hemos aludido, y en el que sin duda participaron dos de nuestros soldados, aparece como un incidente totalmente aislado, que no dejó mayores rastros entre quienes en él participaron. Ambos combatieron en difíciles condiciones, pero sus cartas no incluyen referencias negativas al ejército. En un caso, del que nos consta plenamente la participación en la revuelta del cuartel, se produjo una inusual identificación con los valores militares, incluso cuando sabemos que pasaba por serios apuros, derivados de retraso en el cobro de la paga.

Hay que pensar, por tanto, que la resistencia política contra el servicio militar, que la hubo, no llegó a afectar profundamente a posiciones que aceptaban la guerra, que como vemos incluía a sectores populares. Nuestra muestra la componían fundamentalmente jornaleros y campesinos de una población que vivían su primer desarrollo industrial.

Los cansancios de la guerra provocaron quejas, pero no tanto los esfuerzos vinculados a las operaciones bélicas como las deficiencias organizativas del ejército en lo que afectaban a su vida cotidiana: deficiente alimentación, carestía de la vida, falta de renovación de la indumentaria. Los esfuerzos vinculados propiamente a las operaciones, por contra, quedan aceptados como parte del servicio, de una actividad que había que hacer y que tenían sus inconvenientes.

Apenas encontramos en las misivas comentarios que impliquen una visión global sobre la guerra. En todo caso, los soldados parecen incorporar los elementos no muy complejos sobre los que se construyó el discurso público referido a las guerras coloniales. El valor del soldado español y la cobardía enemigas eran en último término los elementos decisivos que asegurarían el triunfo sobre la insurrección. No era una visión muy sofisticada, pero en lo fundamental coincidía con la que difundía la prensa.

Formó parte de los planteamientos militares de los soldados que estudiamos la disciplina y la aceptación del mando, nunca cuestionado y objeto de cierta idealización, en la medida en que confían en los superiores para la resolución de los problemas familiares y cotidianos; y cuando transfieren al superior la valentía personal y se confía ciegamente en su dirección para el buen desenvolvimiento de la guerra. Desde este punto de vista se produjo una identificación con los mandos inmediatos, así como cierta veneración con respecto a los de alta graduación, no digamos las contadas ocasiones en las que en los relatos se refieren a un general.

Confianza en la victoria: este elemento fundamental en la moral militar no faltó en ningún momento. Una y otra vez los soldados expresaban su seguridad de que la guerra terminaría en victoria española, sin que tal triunfo se pusiese nunca en duda, ni siquiera cuando las enfermedades amenazaron

con paralizar al ejército español. Tras la declaración de la guerra a Estados Unidos el soldado que en la Habana contempla al Maine hundido cuenta a su familia que verosímilmente pronto saldrían hacia Nueva York, y es improbable que fuese una invención propia y no la especie que circuló aquellos días por la capital cubana.

Hubo sin embargo una fase de decaimiento de la moral, a partir del verano de 1897. No se confirmaban las expectativas de un pronto final de la guerra y las enfermedades comenzaron a hacer estragos entre los soldados. Desde ese momento abundan las notas pesimistas. No lo fueron tanto que implicasen la desconfianza en la victoria, aunque sí hubo en muchos soldados recelos sobre la política que llevaba a cabo el ejército. No propiamente respecto a sus mandos inmediatos, cuya imagen no cambia en las cartas, sino sospechas de que, por negocios o por ganar medallas, quienes dirigían la guerra la estuviesen prolongando innecesariamente.

Pero en conjunto puede estimarse que la moral de los soldados, de estructura no muy compleja, se mantuvo siempre alta. Que, con mayor o menor convicción ideológica, estuvieron dispuestos a combatir, asumiendo los conceptos generales que hablaban de la necesidad de las guerras coloniales. Los grupos populares que fueron movilizados, voluntariamente o por sorteo de las quintas, asumieron plenamente el papel que la doctrina militar le reservaba. Los esquemas que imaginan una generalizada resistencia a la guerra no resultan verosímiles. Desde luego, quienes fueron a combatir en Cuba o Filipinas participaron de los valores que acompañaban al ejército colonial, sin cuestionarlos en ningún momento, incluso en las más difíciles circunstancias.

El desastre del 98 en su vertiente militar no puede atribuirse desde ningún punto de vista a deficiencias en la moral de los combatientes o a una presunta resistencia a la guerra. El patriotismo de la tropa sería rudimentario, como lo fue su preparación; pero compartieron en grado alto los esquemas militares, en lo que les correspondía como soldados.

BIBLIOGRAFÍA

BURGUETE, Ricardo: ¡La guerra! Cuba (diario de un testigo. Barcelona, 1902.

-----: ¡La guerra! Filipinas (memorias de un herido). Barcelona, 1902.

CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos: *Weyler, nuestro hombre en La Habana*. Barcelona: Planeta, Madrid, 1988.

CIGÉS APARICIO, Manuel: *El libro de la crueldad. Del cuartel a la guerra.* Madrid, 1906.

ELORZA, Antonio y HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: *La Guerra de Cuba (1895-1898): historia política de una derrota colonial.* Alianza Editorial, Madrid, 1998.

FITÉ, Vital: *Las desdichas de la patria.* Madrid, 1900.

GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, Pablo: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense. El siglo crítico, 1800-1900.* Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 2002.

GUERRERO, Rafael de: *Crónica de la guerra de Cuba.* Cinco tomos. Barcelona, 1895-1897.

MONTERO, Manuel: *Las guerras de Cuba y Filipinas contadas por soldados del pueblo. Cartas de Baracaldo.* Ediciones Beta III Milenio, Ayuntamiento de Barakaldo, Bilbao, 2015.

REPÁRAZ, Gonzalo de: *La guerra de Cuba. Estudio militar.* Madrid, 1896.

TONE, John Lawrence: *Guerra y genocidio en Cuba, 1895-1898.* Ed. Turner, Madrid, 2008.

Recibido: 01/07/2015
Aceptado: 02/06/2015